

LA EMANCIPACION.

PERIÓDICO SOCIALISTA.

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES.

Año I.

PRECIO DE SUSCRIPCION.—4 rs. trimestre.
Número suelto: 2 cuartos.

Madrid 3 de Julio de 1871.

Para suscripciones y reclamaciones,
dirigirse á la calle del Arenal, 16, librería.

Núm. 3.º



ADVERTENCIA

Llamamos la atención de nuestros compañeros, los trabajadores todos, sobre el manifiesto que desde Londres dirige el Consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores á los miembros de esta Asociación en Europa y en los Estados Unidos, acerca de los últimos acontecimientos de Francia, y cuya primera parte publicamos en otro lugar. Es una serie de importantes revelaciones y útiles enseñanzas que debemos conservar en la memoria cuantos nos sentimos solidarios de las heroicidades y del infortunio de nuestros hermanos de París, cuantos con ellos sufrimos, y conservamos inextinguible en el pecho el fuego sacro del odio y la venganza.

EL BANDOLERISMO POR EL ESTADO.

I.

No se contenta ya la burguesía, corto número de parásitos privilegiados que tiene en perpétua servidumbre á la gran masa de productores laboriosos, con esquilmar al trabajador;

Con pagarle á razón de 20 un producto que vale 40;

Con obligarle á comprar por 40 lo que aquel ha comprado por 20;

Viviendo sin hacer nada y enriqueciéndose con el trabajo ajeno;

Gastando eternamente un capital que se reproduce con el sudor del pobre;

Poniendo trabajo, agricultura, industria y comercio á merced del monopolio capitalista;

Adulterando y restringiendo de este modo la producción, el consumo y el cambio;

Enjendrando con el monopolio del capital la miseria, el pauperismo y el hambre,

Sino que todavía impone tributos á los mismos á quienes no ha dejado siquiera lo necesario para vivir.

Más claro: aplicando el principio jesuítico de la «libre contratación», los burgueses explotan al obrero y le retienen sin escrúpulo de conciencia una buena parte del producto de su trabajo, y por medio del Estado, que ellos organizaron y que dirigen y hacen servir al sosten de sus privilegios, le arrebatan inhumanamente otra parte de su miserable jornal; es decir, un pedazo del pan que le piden llorando sus hambrientos hijos.

Si se nos prueba que esto no es un despojo, que no es la expropiación organizada y sostenida por la fuerza, ó sea el *bandolerismo ejercido por el Estado*, confesaremos que hemos perdido toda noción de moralidad y justicia, y que las instituciones que nos rigen son buenas, justas y humanitarias.

Para convencerse de que la célebre máxima

de los individualistas *Dejad hacer, dejad pasar*, es una escandalosa mentira, basta examinar lo que es Estado, su organismo, su manera de funcionar y su objeto social y político.

El Estado político, jurídico y económico, ó no significa nada, ó significa una concentración de poder y de fuerza, con un fin social, esto es, con el de dirimir y resolver los conflictos que han de resultar necesariamente del desequilibrio y de la lucha de intereses antagónicos; puesto que es inadmisibles, en buena doctrina democrática, que el Estado deba servir para garantizar el derecho.

Ahora bien: como el poder que constituye el Estado es patrimonio de una clase, de la clase monopolizadora, su única misión consiste en favorecer los intereses de esa clase contra cualquiera reivindicación, por justa que ella sea.

Y no se nos diga que la clase trabajadora, en posesión del sufragio universal y de los demás derechos políticos, puede aspirar á dirigir la máquina del Estado; porque aparte las inmensas dificultades que halla dentro de la sociedad existente para alcanzar este fin y la incompatibilidad del trabajo con el ejercicio de las funciones gubernamentales, su permanencia en el poder, caso de que fuera posible, no haría otra cosa que cambiar los términos del problema, convirtiendo la tiranía de los menos en tiranía de los más.

Resulta de aquí que el Estado político y autoritario, única forma hasta ahora conocida, no es ni puede ser más que la consagración de la injusticia social, del monopolio y explotación del hombre por el hombre. Y en este concepto, preciso es confesar que ha habido un progreso sensible, y que la mesocracia sabe usar mucho mejor que su predecesora de esa bomba absorbente que se llama impuesto.

Verdad es que nuestros padres, pegados al terruño y formando parte de la propiedad del señor, carecían de la preciosa libertad que unidos con la clase media conquistamos. Mas tampoco se hallaban expuestos á las terribles crisis económicas que ahora nos dejan abandonados á nuestra propia miseria; el derecho al trabajo estaba garantido implícitamente por una especie de protectorado tradicional, y sobre todo, no contribuía el siervo á sostener las cargas del Estado, que es como si digéramos á pagar el dogal que nos estrangula. No existía entonces la «igualdad ante el impuesto», invención sublime de los economistas de nuestra época.

¡La igualdad ante el impuesto! Horrible sarcasmo, sangrienta ironía, que revela todo un plan de guerra económica, todo un sistema de calculada expropiación, y ¿por qué no decirlo? de robo organizado y á mano armada.

Asunto es este que merece ser tratado con

algun detenimiento, por lo que nos proponemos consagrarle un segundo artículo, en el cual combatiremos á nuestros enemigos en su mismo campo y les arrancaremos de una vez la máscara de libertad é igualdad con que se cubren.

Hemos recibido la siguiente comunicación:

ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES.

Consejo local de las secciones madrileñas.

Este Consejo recuerda á todos los miembros de la Asociación Internacional en Madrid, que el domingo 9 de julio, á las ocho de la noche, tendrá lugar en el local de la sociedad, la asamblea trimestral ordinaria de las secciones madrileñas.

Hace asimismo presente á todos los socios que los viernes de cada semana, á las nueve de la noche, se celebran conferencias en el local citado, donde los socios podrán llevar aquellos de sus amigos que deseen de buena fe conocer nuestros principios.

Madrid 29 de junio de 1871.—A. N. y por A. del C.
—El Secretario, HIPÓLITO PAULY.

Siendo las asambleas trimestrales el acto más importante que celebran las secciones de la Internacional, puesto que en ellas se tratan las cuestiones que á todas ellas en general atañen, creemos deber excitar á todos los miembros de aquella Asociación á que asistan á la que debe celebrarse el domingo próximo. También les recomendamos la asistencia á las conferencias semanales en que se analizan todos y cada uno de los principios que constituyen la base de nuestra doctrina.

LA PATRIA.

¡LA PATRIA!

¿Qué es la patria?

Nosotros decimos: es una porción de terreno á la que pretenden sujetarnos, so pretexto de que es fuente inagotable de eternos gozos, esos reyes del capital que van cada año á buscar los suyos á lejanas tierras.

Los burgueses dicen: es el sitio donde se ha mecido nuestra cuna y donde se alza la tumba de nuestros padres. ¡Como si nosotros hubiéramos tenido otra cuna que una haraposita manta tendida sobre el duro suelo! ¡como si alguno de nosotros pudiera determinar el sitio en que yacen los restos de sus padres, pobres mártires del trabajo!

Si la patria es todo esto, ¿dónde está la patria de los hijos del trabajo, de esos eternos párias de las sociedades antiguas y modernas? ¡Ah! no la busqueis, porque tampoco la encontraríais.

El hombre que al nacer se ve pobre, desvalido, privado hasta de lo más necesario para la conservación de su mísera existencia, ese hombre no tiene patria;

El hombre que necesitando de la instrucción, ese pan de la inteligencia, gira en torno sus miradas sin encontrar quien se la dé, ese hombre no tiene patria;

El hombre que, para vivir, se ve condenado á trabajar y va de puerta en puerta, buscando en vano quien le facilite los medios para hacerlo, ese hombre no tiene patria;

El hombre que, fatigado, no puede sentarse en una piedra; que, sediento, no puede beber en un arroyo; que, sofocado por el calor, no puede descansar á la sombra de un árbol, sin que alguno le diga: véte, esto es mío, ese hombre no tiene patria;

El hombre que, imposibilitado por una desgracia, que inválido para el trabajo, busca en vano un asilo donde poder terminar en paz su dolorosa existencia, rodeado de los que le han sido caros, ese hombre no tiene patria.

Y si ese hombre, que es la viva representación de los hijos del trabajo, no tiene patria, no hay para qué decir que tampoco nosotros la tenemos.

¿Por qué, pues, se nos habla siempre, á nosotros los trabajadores, en nombre de esa patria? ¿por qué ese afán en inculcar en nosotros ese amor hacia una cosa que para nosotros nada significa?

¿Por qué?

Porque esa palabra ha sido precisamente inventada por los que todo lo poseen, para hacer defender por los que de todo carecemos el suelo donde radica su fortuna.

¿Hasta cuándo seguiremos deslumbrados por su falso brillo? ¿hasta cuándo continuaremos sacrificándonos inútilmente para nosotros, por unos intereses que no son nuestros intereses, por una patria que no es nuestra patria?

Trabajadores, si algún día nos amenazara una invasión extranjera, y en nombre de esa patria se os pidiera el sacrificio de vuestra vida, contestad á los burgueses que tal os pidan:

Nosotros no tenemos nada que perder, vosotros nos lo recordais á cada momento; pero si no tenemos bienes que perder, tenemos en cambio una vida que conservar. Exponed vosotros la vuestra, si queréis conservar lo que llamais *vuestros intereses*. Nosotros solo exponemos la nuestra el día de la revolución social, ese día en que, como un solo hombre, nos levantemos á una para despojarnos de vuestros privilegios y entrar en la posesión de nuestros derechos, de esos derechos que, viniendo á completar nuestra personalidad, han de emanciparnos de todo yugo religioso, político y social, haciendo de la humanidad una gran familia, cuya patria no tendrá otros límites que los que la naturaleza marca al globo que habitamos.

EVOLUCIONES.

No pudiendo hacer una revolución, los partidos burgueses se contentan con hacer evoluciones. La que se está verificando actualmente en el seno del partido republicano es de suma trascendencia, pues tiende á deslindar de una vez los campos, y á colocar frente á frente de la gran clase trabajadora y explotada, todos los partidos políticos coaligados contra ella. Si hemos de decir la verdad, no nos pesa la nueva situación que, después de todo, habíamos previsto. Y para que se vea que no exageramos nada, y que nuestros vaticinios no eran infundados, léanse las siguientes líneas que escribe un periódico noticioso, á propósito de las ya célebres declaraciones de Emilio Castelar en el Congreso de Diputados:

«La Constitución se congratula hoy como ayer de que los federales vengán á colocarse en situación de contribuir á la marcha legal de lo existente.»

A lo cual añade el órgano de los cimbríos, —en lengua vulgar quiere decir ambiciosos,

apóstatas y traidores—que estos considerarán y consideran como á sus hermanos á los republicanos, de los cuales les separan impacencias formularias, sin que en lo esencial y fundamental dejen de estar conformes.

No se puede tender con más cariñosa suavidad la puente de plata por donde los republicanos han de pasar al campo de los que ayer todavía llamaban por sus verdaderos nombres.

Y en vista de tan nauseabundo espectáculo, preguntamos á nuestros compañeros todos: ¿No ha llegado la hora de que el pueblo trabajador se separe con asco de esa podredumbre cuyo contacto nos corrompería á nosotros mismos? Respondan por nosotros la dignidad, la justicia y la honra, próximos á desaparecer del mundo, si dura mucho tiempo el imperio corruptor de la burguesía.

Dado el sistema ingenioso de las evoluciones políticas, es lógico que los partidos, al parecer más opuestos, se encuentren y coincidan en ciertas apreciaciones y empleen los mismos argumentos y hasta las mismas frases.

Ejemplo.

Rivero trataba de justificar su conducta y la de sus hermanos en apostasía y decía así poco más ó menos:

Nosotros hemos sido siempre republicanos; mas «como toda revolución supone una transacción,» —teoría burguesa— y la patria exigía de nosotros un sacrificio, hemos transigido con la monarquía.

Castelar exclamaba á su vez contestando al general Serrano: Deberes de *patriotismo* me obligan á responder «que si viniera un ministerio radical, por lo mismo que se aproxima más á la izquierda, tendríamos con él una actitud expectante y benévola.»

Ya ven nuestros compañeros que las palabras *patria* y *patriotismo* sirven ahora, como siempre, de pretexto y razón para toda suerte de evoluciones.

Cuando todos los explotadores de la tierra se coaligan hoy contra nosotros para proseguir su obra criminal, necesario es que los trabajadores todos proclamemos muy alto nuestra unión y solidaridad. Así lo han comprendido nuestros hermanos de Suiza adoptando las siguientes resoluciones en la Asamblea general de las treinta secciones de Ginebra (16 de junio de 1871), respecto de las viudas y huérfanos de los defensores de París:

«La Asamblea general:

Considerando las persecuciones bárbaras que los versalleses vencedores ejercen contra el pueblo de París, hombres, mujeres y niños;

Considerando que la solidaridad internacional de la clase obrera debe practicarse más que nunca en los momentos de peligro;

Considerando que el triunfo sangriento y momentáneo de la reacción no debe de ningún modo alterar nuestras simpatías ni modificar nuestros principios;

En atención á que los defensores de la *Commune* de París han combatido y se han sacrificado por la gran causa de la emancipación política y social del proletariado;

En atención á que debemos confirmar de una manera positiva la declaración del tercer Congreso romando respecto á la adopción por la Internacional de las viudas y huérfanos de los defensores de París;

La Asamblea general declara:

1.º Que confirma con su sanción la iniciativa tomada por las dos secciones centrales, y por el grupo de iniciativa y propaganda, relativamente á la institución de una comisión central especial para socorrer á las viudas y huérfanos de los defensores de París;

2.º Que autoriza á esta comisión para dirigirse á todas las secciones y para hacer un llamamiento á cuantos sientan simpatías por la situación angustiosa de las viudas y huérfanos perseguidos por el odio implacable de la reacción.

MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL.

En París continúa la agitación, cada día creciente, promovida por los internacionales. El ejército ocupa la ciudad como pudiera hacerlo un ejército extranjero, y la burguesía, sobrecojida aún por la

enérgica protesta del pueblo de París contra sus privilegios, está poseída de tal grado de temor que, más bien que vencedora, parece ocupar el puesto del vencido. Y es que la burguesía francesa ha empezado á comprender el verdadero valor de la escaramuza que acaba de tener lugar entre ella y el pueblo; que, por la decisión y arrojo de que este ha dado tan brillantes pruebas, ha podido apreciar la verdadera importancia del enemigo que tenía enfrente; y que, por último, conociendo perfectamente la injusticia con que siempre ha obrado para con los trabajadores, y teniendo perfecta conciencia de las fuerzas de estos, sabe que ha de concluir por ser vencida.

2.700 mujeres esperan su vez para ser transportadas á Nueva-Caledonia, á donde, según parece, se deportarán de 25 á 30.000 obreros.

A consecuencia de la famosa circular del falsificador Julio Favre, referente á la Internacional, se asegura que en un próximo Congreso europeo se tratará de los medios de acabar con esta Asociación. Trabajo perdido: también se formó una *Santa Alianza* contra las doctrinas llamadas liberales, y estas doctrinas, más ó menos adulteradas, dominan hoy en casi toda Europa.

En Verviers (Bélgica) se ha celebrado, en medio de una numerosa concurrencia, el primer aniversario de las víctimas sacrificadas en aquella ciudad el 20 de junio del año anterior por los polizontes y bomberos armados de sables y rompe-cabezas. El delito cometido por los obreros no era otro que el protestar pacíficamente contra el llamamiento de los mozos al servicio militar. Es de advertir que el Gobierno belga es un Gobierno altamente liberal.

El 16 del corriente las autoridades de Pesth (Hungría) prohibieron una manifestación de los obreros en favor de la *Commune* de París. Se dice que unas 500 personas recorrieron las calles en actitud hostil, y el Gobierno no necesitó más para prender á los obreros que habían ido de Viena para asistir á la manifestación, á cinco miembros de la sociedad obrera y á Sheu, director del periódico socialista el *Volksstaat*, que parece predestinado á ser de continuo preso por las autoridades del imperio austriaco.

En Londres se ha celebrado un nuevo meeting en favor de la *Commune*, en el que se ha amenazado á la burguesía inglesa con emplear los mismos medios que los obreros de París, si alguna vez atacaba los derechos de la clase trabajadora.

Los obreros internacionales de Milán, en número de 2.540, han aprobado el siguiente manifiesto:

«Milán 18 de Junio.—La historia enseña que en diferentes épocas del mundo los esclavos de todos los despotismos se han rebelado contra sus opresores. El resultado de estas luchas ha sido vario. Los vencidos han sido traidores, los vencedores señores. Se atendía al éxito, no al objeto. ¿Será siempre lo mismo? No puede ser. La lucha que se ha inaugurado no tiene precedentes. Nuestra vanguardia ha combatido por la salvación de la humanidad. El proletariado de París pedía derecho para vivir; ha conseguido el de ir á Cayenna.

Obreros: ahora que nuestros hermanos de París están vencidos, acosados como fieras, y que caen á centenares bajo la cuchilla de sus asesinos, llamémosles, digámosles: venid á nosotros; aquí estamos; nuestras casas las teneis francas; os protegeremos hasta que llegue el día de nuestra venganza. El principio de la *Commune* de París es el nuestro; aceptamos la responsabilidad de sus actos. ¡Viva la república social!—Maldini.—Giovachini.—Dupont Leon.»

En España las persecuciones contra la Internacional continúan á la orden del día. La *Federación* de Barcelona sigue siendo denunciada; también lo ha sido el *Manifiesto de algunos partidarios de la Commune á los poderosos de la tierra*, publicado en esta capital, y nuestros compañeros Bové y Sentión han sido trasladados al castillo de Monjuich, porque el alcalde de la cárcel de Barcelona no podía responder de su seguridad.

¿Y pensar que tanto trabajo como se toman las autoridades burguesas de todos los países contra la Internacional es trabajo perdido!

Un tal Sr. Cabrero, que según nos aseguraron es abogado y redactor de *La Iberia*, y que si no lo reúne indudablemente condiciones para ser ambas cosas, dijo, en la reunión que se celebró el jueves último en la Alhambra, que en los Estados Unidos se habían aprobado últimamente dos leyes: una que no crea oportuno mencionar (la prohibición de sociedades secretas) y otra prohibiendo la existencia (!!) de los socialistas y autorizando á todos los ciudadanos á levantar la tapa de los sesos (!!!) al primero que ha-

blara de socialismo, manifestando que él desearía que se hiciera lo mismo en España.

El abogado Sr. Cabrero ignoraba, por lo visto, el texto de la ley á que se refería, puesto que esta lo único que prohíbe es la manifestación pública de las ideas socialistas, prohibición que es una nueva prueba de lo que los trabajadores podemos y debemos esperar de los republicanos de todos los países.

Por lo que hace al deseo del señor Cabrero de que en España se levantara la tapa de los sesos á todo el que hablara de socialismo, debemos recordarle que donde las dan las toman.

El Sr. Sanford, miembro de la comisión iniciadora de la Asociación general de Productores, dijo en la reunión celebrada el 27 del pasado junio contestando á nuestro compañero Borrell, que ellos (la comisión), no habían tenido tiempo para estudiar ni los autores socialistas, ni la cuestión social.

Pues entonces, ¿por qué declaró uno de sus miembros en la sesión del domingo que aquella Asociación venía á combatir á la Internacional? ¿Cómo, por qué medios va esa asociación á combatir lo que no conoce?

Preciso es confesar que los productores de la Alhambra están reñidos con el sentido común.

La comisión que preside las reuniones que se celebran en la Alhambra, comisión compuesta de burgueses, después de haber puesto á discusión las bases de la Asociación general de Productores, cuya fundación proponen, declaró que no permitiría que se infiltrara en dichas bases el más ligero átomo de socialismo. Si la comisión tenía esta intención, hubiera hecho mejor en no someter las bases á pública discusión, y con esto se hubiera ahorrado muchos sustos y no pocos sinsabores.

Es demasiado propio de capitalistas el tratar de imponerse, para que nos admire que dicha comisión trate también de imponer sus bases á la Asociación general de Productores.

Leemos en un periódico:

«El contratista del ferro-carril de Belmez se ha fugado de Córdoba con 4.000 duros de la sociedad. Las autoridades entienden ya de este asunto, y han dado orden para su captura.»

«El administrador del Hospital militar de Madrid, oficial primero que era del Cuerpo administrativo del ejército, se ha fugado, llevándose la cantidad de 15.000 duros, importe de varios libramientos que hizo efectivos en la administración económica de la provincia.»

De seguro que estos dos señores nos habrán llamado más de una vez á los internacionales escapados presidio; no podemos nosotros decir lo mismo de ellos, puesto que aún no han ido á él, ni es fácil que vayan, si se tiene en cuenta que en esta sociedad nunca deja de castigarse al que roba por miseria, pero que rara vez se castiga al que roba por vicio, máxime si este ladrón pertenece á alguno de los grados de la burguesía.

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA.

MANIFIESTO DEL CONSEJO GENERAL DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES.

A todos los miembros de esta Asociación en Europa y en los Estados Unidos.

I.
El 4 de setiembre de 1870, cuando los trabajadores de París proclamaron la República, que fué casi instantáneamente aclamada en toda la Francia, sin que se levantara una sola voz en contra, una cáfila de abogados ambiciosos, con Thiers como hombre de Estado y Trochú por general, se apoderó del poder en el Hotel-de-Ville. Entonces esos hombres estaban tan imbuidos en la fanática creencia de que París ha representado la Francia en todas las épocas críticas de su historia, que, para legitimar el usurpado título de gobernadores de la Francia, no creyeron deber hacer otra cosa que presentar sus mandatos de diputados de París. En nuestro segundo manifiesto sobre la última guerra, publicado cinco días después del encumbramiento de esos hombres, ya os dijimos qué clase de hombres eran. Si en medio del estupor de la sorpresa, cuando los verdaderos representantes de la clase trabajadora gemían aún en las prisiones de Bonaparte, y los prusianos marchaban ya sobre la capital, París consintió en que aquellos hombres asumieran en sus manos el poder, fué con la expresa condición de que su misión fuera única y exclusivamente organizar y llevar á cabo la defensa nacional. París, sin embargo, no podía defenderse sin armar á sus obreros, sin transformarlos en una fuerza real y efectiva, disciplinándolos por medio de la misma guerra. Pero París armado era la revolución armada; una victoria de París sobre los invasores prusianos hubiera sido una victoria de la Francia trabajadora sobre la Francia capitalista y los parásitos del Estado. En este conflicto, entre sus deberes para con la nación y los intereses de su clase, el Gobierno de la Defensa nacional no vaciló un momento en convertirse en Gobierno de la Defección nacional.

El primer paso que dieron fué el de mandar á Mr. Thiers á todas las cortes de Europa, para solicitar su mediación en favor de la paz, ofreciéndolas en cambio reemplazar la república con un rey. Después de cuatro meses de sitio, cuando conocieron que había llegado el momento oportuno de empezar á hablar de capitulación, Trochú, en presencia de Julio Favre y algunos otros de sus colegas, dirigióse en estos términos á la reunión de los alcaldes de París:

«La primera pregunta que me hicieron mis colegas en la misma noche del 4 de setiembre, fué esta: ¿Puede París con algunas probabilidades de éxito resistir un sitio del ejército prusiano?—No vacilé un momento en contestar negativamente.—Algunos de mis colegas aquí presentes estuvieron en un todo conformes con mi parecer. Yo lo expuse en estos términos: Dado el estado de cosas, querer que París resistiera un sitio del ejército prusiano, sería una locura. Sin duda, añadió, sería una locura heroica; pero nada más.... Los sucesos (que él mismo preparó) no desmintieron mi previsión.»

Este taimado discurso de Trochú fué más tarde publicado por Mr. Corbon, uno de los alcaldes presentes.

Así pues, en la misma noche en que se proclamó la república, el plan de Trochú, ó sea la capitulación de París, era conocido de sus colegas. Si la defensa nacional hubiera sido otra cosa que un pretexto para constituir el Gobierno personal de Thiers, Favre y compañía, los usurpadores del 4 de setiembre hubieran abdicado al día siguiente, hubieran puesto en conocimiento del pueblo de París el plan de Trochú y le hubieran invitado á rendirse de una vez ó á tomar su suerte en sus propias manos. En lugar de obrar así, aquellos infames impostores resolvieron curar la heroica locura de París, sometiendo al régimen del hambre y de los porrazos, engañándolo al mismo tiempo por medio de furiosos manifiestos en los que Trochú decía que el gobernador de París nunca capitularía, y Julio Favre, ministro de Estado, que no cedería ni una pulgada del territorio ni una piedra de las fortalezas de la Francia.

El mismo Julio Favre, en una carta á Gambetta, confiesa que no es de los prusianos, sino de los obreros de París de quienes se están defendiendo. Durante todo el sitio, los degolladores bonapartistas, á quienes Trochú había discretamente confiado el mando del ejército de París, cambiaron, en su correspondencia íntima, indecentes retruécanos, burlándose de la bien organizada defensa de la capital. (Véase cómo muestra la correspondencia de Alfonso Simón Guidé, comandante supremo de la artillería del ejército de la defensa de París y gran cruz de la Legión de honor, con Suzanne, general de división de artillería, correspondencia publicada por el *Journal Officiel de la Commune*.)

El 23 de enero de 1871 el Gobierno por fin arrojó la máscara de la defensa, y con todo el heroísmo que se necesita para confesar su propio envilecimiento, se presentó en su capitulación como Gobierno de Francia prisionero de Bismarck, acto tan vil y bajo, que el mismo Luis Bonaparte había rehusado someterse á él en Sedan.

Cuando los sucesos del 18 de marzo, los capituladores, en su atropellada fuga á Versalles, dejaron en poder del pueblo de París los documentos fehacientes de su traición. Para destruir estos documentos, como dice la *Commune* en su manifiesto á las provincias, aquellos hombres no han vacilado en convertir á París en un montón de ruinas cubiertas por un mar de sangre.

Algunos de los principales miembros del Gobierno de la defensa tenían por otra parte no pocos motivos particulares para inclinarse ardientemente á tomar esta extrema resolución.

Poco después de firmado el armisticio, Mr. Millière, uno de los representantes de París en la Asamblea nacional, y hoy fusilado de orden expresa de Julio Favre, publicó varios documentos auténticos y legalizados, probando que Julio Favre, viviendo en concubinato con la esposa de un gran bebedor residente en Argelia, había intentado, valiéndose de una serie de falsificaciones exparidas desde largo tiempo, apoderarse, en nombre de los hijos de su adulterio, de una gran fortuna que le hubiera hecho rico; pero que los legítimos herederos: ontablaron contra él un pleito, deshonrosísimo para Julio Favre, pleito cuya publicidad pudo solo evitar por condescendencia de los tribunales bonapartistas.

Como estos documentos no podían citarse como

un modelo de retórica, Julio Favre guardó silencio por primera vez en su vida, y siguió preparando tranquilamente la explosión de la guerra civil, para poder denunciar entonces al pueblo de París como una horda de escapados de presidio, en abierta rebelión contra la familia, el orden, la religión y la propiedad.

Cuando este falsificador entró en el poder el 4 de setiembre, sin duda por simpatía, puso en libertad y devolvió á la sociedad á Pic y á Tailleur, criminales convictos igualmente de delito de falsificación en tiempo del imperio, en el escandaloso asunto del *Etendard*. Habiéndose atrevido uno de estos hombres, Tailleur, á regresar á París durante el Gobierno de la *Commune*, fué encarcelado de nuevo; y entonces era precisamente cuando Julio Favre excitaba, desde la tribuna de la Asamblea nacional, que París estaba en poder de presidiarios!

Ernesto Picard, el Joe Miller del Gobierno de la defensa nacional, ese hombre que se dió á sí mismo el dictado de ministro genuino de la república después de haber intentado en vano ser el ministro genuino del imperio, es hermano de Arturo Picard, expulsado de la Bolsa de París por quiebra fraudulenta (véase el informe del prefecto de policía de 18 de julio de 1867) y convicto, por confesión propia, de un robo de 300.000 francos á la *Société Générale*, establecida calle de Palestro, núm. 5, de una de cuyas dependencias era director (véase el informe del prefecto de policía de 11 de diciembre de 1868). Ernesto Picard hizo de este Arturo Picard el editor de su periódico el *Electeur Libre*. Mientras las mentiras oficiales del periódico de este ministro genuino engañaban á los agiotistas, Arturo iba y venía desde el ministerio á la Bolsa, refiriendo en todas partes las derrotas del ejército francés. Toda la correspondencia financiera de este ilustre par de hermanos cayó en poder de la *Commune*.

Julio Ferry, que antes del 4 de setiembre era un pobre abogado, como alcalde de París durante el sitio, se arregló de manera que supo sacar una fortuna del hambre del pueblo. El día que tenga que dar cuenta de su mala administración, aquel será el día de su condena.

Estos hombres, pues, solo podían encontrar su salvación en las ruinas de París; estos eran precisamente los hombres que Bismarck necesitaba. Thiers, que conocía el secreto del gobierno, por medio de algunos escamoteos se puso entonces á su cabeza, tomando como ministros aquellos hombres salvados por él.

Thiers, ese espíritu del mal, ha seducido por espacio de medio siglo á la burguesía, á causa de ser la más perfecta representación de la corrupción de su propia clase. Antes de ser hombre de Estado había ya probado sus mentidas dotes como historiador. La crónica de su vida pública es la crónica de las desventuras de Francia. Unido, antes de 1830, á los republicanos, faltó á su compromiso en tiempo de Luis Felipe, delatando ó haciendo traición á su protector Lafayette, congraciándose con el rey, excitando las desenfrenadas turbas contra el clero, cuando la iglesia de San German l'Auxerrois y el palacio del Arzobispo fueron saqueados y obrando como ministro expía y carcelero-comadron de la duquesa de Berri. El asesinato de los republicanos en la calle Transnonain y las infames leyes de setiembre que le siguieron contra la prensa y el derecho de reunión, fueron su obra. Nombrado de nuevo jefe del Gabinete en marzo de 1840, asombró á la Francia con su proyecto de las fortificaciones de París. Cuando los republicanos denunciaron este plan como un siniestro complot contra la libertad de París, les contestó desde la tribuna de la Cámara de los diputados:

«¿Y qué! ¿Se cree que algunas obras de fortificación pueden poner nunca en peligro la libertad! Calumnias á todos los gobiernos venideros aquel que suponga que puede llegar un día en que uno de ellos bombardeara la capital para conservarse en el poder.... el gobierno que esto hiciera sería cien veces más insostenible después que antes de la victoria.» A la verdad, el gobierno no ha tratado de bombardear París desde los fuertes, pero ha entregado provisoriamente estos fuertes á los prusianos.

Cuando el Rey-Bomba dejó sentir su mano á la población de Palermo, en enero de 1848, Thiers se levantó de nuevo en la Cámara, y dijo así: «Ya sabéis, señores, lo sucedido en Palermo. Vosotros, todos vosotros, os habeis estremecido de horror (en sentido parlamentario) al saber que esa gran ciudad había sido bombardeada por espacio de cuarenta y ocho

horas—¿y por quién? ¿Por un ejército extranjero y enemigo, en uso de las leyes de la guerra? No, señores, no; sino por su propio gobierno. ¿Y por qué? Porque aquella desventurada ciudad reclamaba sus derechos. Por haber reclamado sus derechos ha sido bombardeada durante cuarenta y ocho horas... Permitidme apelar á la opinion de Europa. Levantarse á pronunciar en la gran tribuna de Europa algunas palabras de indignacion contra estos actos (palabras textuales) es, sin duda alguna, prestar un servicio al género humano.... Cuando el regente Espartaco, que habia prestado servicios á su país (cosa que Mr. Thiers nunca hizo) se propuso bombardear á Barcelona para acabar con la insurreccion de aquella ciudad, se levantó en todas partes un grito general de indignacion.

Diez y ocho meses despues de este discurso, monsieur Thiers fué el más acérrimo defensor del bombardeo de Roma por el ejército francés. Por lo visto, la falta del Rey-Bomba habia solo consistido en no prologar el bombardeo más que cuarenta y ocho horas.

Pocos días antes de la revolucion de febrero (1848), resentido por el largo destierro á que Guizot le habia condenado, y percibiendo ya en la atmósfera las señales precursoras de una próxima revolucion, Thiers, con ese estilo pseudo-heróico que le ha valido el adecuado nombre de *Mirabeau mosca*, decia en la Cámara de los diputados:

«Yo soy partidario de la revolucion, no solo en Francia, sino en toda Europa. Deseo ver el Gobierno de la revolucion en manos de los moderados.... pero si cayera en las de los exaltados, en las de los radicales, yo no abandonaré por esto mi causa: estaré siempre con la revolucion.»

Vino la revolucion de Febrero. El ministerio Guizot fué reemplazado por el ministerio Thiers, como este hombrecillo habia deseado; y Luis Felipe fué sustituido por la república.

En los primeros días de la victoria del pueblo, Thiers se ocultó cuidadosamente, olvidando que el desprecio que inspiraba á los trabajadores le ponía á cubierto de sus iras, y continuó alejado de la escena pública hasta los asesinatos de junio, que le abrieron de nuevo un campo propicio para ejercer su influencia. Entonces se constituyó en jefe del *partido del orden* y de su república parlamentaria, interregno sin nombre durante el cual las fracciones rivales de la burguesía conspiraban juntas para vencer al pueblo, á la vez que intrigaban unas contra otras con el propósito de entronizar el monarca que cada una de ellas prefería.

En aquel tiempo, lo mismo que ahora, Thiers denunciaba á los republicanos como el único obstáculo que se oponía á la consolidacion de la república; en aquel tiempo, lo mismo que ahora, decia á la república lo que el verdugo dijo á D. Carlos:

—«Te mataré, pero será para bien tuyo.» Ahora, lo mismo que entonces, exclama despues de su triunfo: *L'empire est fait*—el imperio es un hecho. A pesar de sus hipócritas homilias sobre la necesidad de libertades y su odio personal á Luis Bonaparte, que lo habia hecho victima desterrando el parlamentarismo, fuera de cuya atmósfera ficticia este hombrecillo tiene la conciencia de su completa nulidad, tomó una gran parte en todas las infamias del segundo imperio, desde la ocupacion de Roma por las tropas francesas hasta la guerra con Prusia, á la cual incitó con su furiosa invectiva contra la unidad germánica, considerándola, no bajo el punto de vista del despotismo de la Prusia, sino como una usurpacion del derecho de Francia á mantener la desunion de Alemania.

Aficionado á azotar la faz de Europa con la espada de Napoleon I, cuya historia escribió, su política extranjera ha sido siempre una serie de humillaciones para Francia, desde el convenio de Londres de 1841 hasta la capitulacion de Paris de 1871 y la última guerra intestina, en la cual pudo lanzar sobre Paris los prisioneros de Sedan y Metz, gracias á un favor especial de Bismarck. A pesar de su versatilidad de talento y sutileza de intenciones, este hombre no ha podido salir nunca de la rutina. Es evidente que para él pasan completamente desapercibidos los movimientos que se operan en las capas bajas de la sociedad; pero cuando estos movimientos aparecen en la superficie, toda la vitalidad huye de su cerebro para pasar á su lengua. Por eso nunca se ha cansado de denunciar como un sacrilegio cualquiera modificacion que se haya intentado introducir en el viejo y asqueroso sistema proteccionista francés. Siendo ministro de Luis Felipe, se burlaba de los ferro-carriles como de una quimera imposible de

realizar; estando en la oposicion, bajo el reinado de Luis Bonaparte, atacaba como si fuera una profanacion cualquier reforma que quisiera hacerse en la viciosa organizacion del ejército francés. En su larga carrera política, nunca se ha hecho culpable de haber tomado ni propuesto ninguna medida, cuya aplicacion fuera realizable. Thiers solo ha sido constante en su ambicion de riquezas y en su odio á los que las producen.

Habiendo entrado á ser ministro de Luis Felipe más pobre que Job, salió del ministerio hecho un millonario. La última vez que fué ministro de aquel rey (1.º de marzo de 1849), su insaciable codicia le hizo blanco de las sátiras de la Cámara de diputados, y él por toda respuesta se contentó con derramar algunas lágrimas, operacion en que rivaliza con Julio Favre ó cualquier otro cocodrilo.

La primera medida que Thiers tomó en Burdeos, para salvar á Francia de la inminente ruina financiera que la amenazaba, fué la de señalarse un sueldo anual de tres millones de francos, primera y última palabra de la *república económica* que propuso en 1869 á sus electores parisienses.

Beslay, antiguo compañero de Thiers en la Cámara de diputados de 1830, rico capitalista, á pesar de ser uno de los más entusiastas adictos á la *Commune* de Paris, le decia en un manifesto que publicó ultimamente: «La piedra fundamental de vuestra política ha sido siempre la esclavitud del trabajo por medio del dinero, y desde el momento en que habeis visto la república del trabajo instalada en el Hotel de Ville, no habeis cesado de gritar á la Francia:—¡Esos son criminales!»

Thiers no es otra cosa que un maestro en engaños, un sábio en perfidias y traiciones; práctico en toda suerte de extratagemas, sus consejos son siempre peligrosos; cuando se halla al frente del Estado, nada le importa, ó, mejor dicho, no tiene escrúpulo alguno en provocar una revolucion, con el solo objeto de sofocarla despues á fuerza de sangre; en él, el mal ocupa el lugar de las ideas, la vanidad el lugar del corazón; su vida privada es tan infame y relajada como odiosa es su vida pública; ahora mismo, en estos momentos en que está desempeñando el papel de Sila, su ridícula vanidad le impide ocultar lo abominable de sus actos.

La capitulacion de Paris entregando á Prusia, no solo la capital, sino la Francia entera, puso término á la serie de bajas intrigas, á los infames manejos de traicion con el enemigo, que los usurpadores del 4 de setiembre, segun dijo el mismo Trochú, habian empezado el día mismo de su usurpacion.

Por otra parte habian sembrado tambien los gérmenes de la guerra civil contra Paris y la república, guerra que ahora iban á emprender auxiliados por la Prusia. El lazo se tendió en los términos mismos de la capitulacion. Entonces la tercera parte del territorio se encontraba en poder del enemigo, la capital estaba del todo aislada de las provincias y las vias de comunicacion se hallaban completamente interceptadas. Dado este estado de cosas, era de todo punto imposible elegir una representacion nacional, á menos que se diera á los electores tiempo suficiente para organizarse y concertarse. Teniendo en cuenta estas mismas dificultades, se estipuló en el Convenio que la Asamblea Nacional debia elegirse en el término de ocho días; de modo que en muchos puntos de Francia la noticia de las próximas elecciones llegó la víspera misma del día en que debian verificarse.

Además, segun una cláusula expresa del Convenio, aquella Asamblea no tenia otra mision que la de decidir sobre la paz ó la guerra, y, cuando más, la de firmar un tratado de paz. El pueblo no podía creer sino que los términos en que estaba concebido el armisticio hacian imposible la continuacion de la guerra, y creyó tambien que, para firmar la paz que Bismarck les imponia, los hombres peores serian los mejores.

Pero Thiers, no contento con haber tomado estas precauciones, antes de que en Paris se tuviera noticia del armisticio hizo un viaje á las provincias para prepararlas á las elecciones y animar al partido legitimista, que, unido con el orleanista, debia reemplazar al partido bonapartista, que en aquel entonces era completamente imposible. No les temia en ningún concepto. Ninguno de estos dos partidos podia en manera alguna aspirar al gobierno de la Francia moderna, y siendo, por otra parte, despreciables como rivales, ¿qué partidos podian haberse encontrado más á propósito que estos para servir de instrumento á la contrarevolucion, que, segun palabras del mismo Thiers (Cámara de diputados, 5 de enero de

1833), «se habian valido de uno de estos tres recursos: de la invasion extranjera, de la guerra civil ó de la anarquía?» Ellos creian verdaderamente haber retrocedido mil años. En aquel momento habia en Francia: por un lado, una invasion extranjera, un imperio caído y un Bonaparte prisionero; por otro, ellos solos. La rueda de la historia habia retrocedido para pararse en la *chambre introuvable* de 1816. En las Asambleas de la república (desde 1848 hasta 1851), habian estado representados por campeones educados y guiados por ellos; componian las filas del partido en que ahora han entrado forzosamente todos los *pourceaugnaes* de Francia.

Apenas esta Asamblea de *rurales* se reunió en Burdeos, Thiers manifestó que la única condicion con que Prusia les permitiría hacer la guerra á la república y á Paris, que era su foco, era la de aprobar cuanto antes los preliminares de la paz, aun cuando para ello fuera preciso abstenerse de discutirlos. Y, en efecto, la contrarevolucion no tenia tiempo que perder.

El segundo imperio habia más que duplicado la deuda nacional y habia agobiado á todas las grandes ciudades con enormes deudas municipales. La guerra habia hecho desaparecer toda clase de responsabilidad, saqueando escandalosamente los recursos de la nacion. Para completar esta ruina, el Shylock prusiano se reservaba el derecho de dejar medio millón de soldados en el territorio francés, hasta que se le pagase la indemnizacion de 5.000 millones de francos y el 5 por 100 de interés. ¿Quién tenia que pagar esta indemnizacion? Para que los defensores de la riqueza quisieran echar sobre sí los gastos de esta guerra que ellos mismos habian originado, no habia otro remedio que destruir violentamente la república.

Así es como la inmensa ruina de la Francia se precipitaba á pasos agigantados, gracias á estos patrióticos representantes del capital y de la propiedad, y á la connivencia y proteccion del ejército invasor, á aumentar los estragos de una guerra extranjera con los horrores de una guerra civil.

Un gran obstáculo se oponía á la realizacion de este complot: este obstáculo era Paris. El primer paso que debia darse era el de desarmar la capital. Thiers invitó al pueblo á entregar las armas. Las frenéticas demostraciones anti-republicanas de la Asamblea rural y la conducta de Thiers; la amenaza de decapitar y descapitalizar á Paris; el nombramiento de embajadores orleanistas; las leyes de Dufaure sobre pagarés vencidos y alquileres, leyes que causaban la ruina del comercio y la industria de Paris; el impuesto de 2 céntimos, Pouyer Quartier, por cada ejemplar de cualquier publicacion; la sentencia de muerte contra Blanqui y Flourens; la supresion de los periódicos republicanos; la traslacion de la Asamblea nacional á Versalles; la restauracion del estado de sitio declarado por Palikao; el nombramiento del *decembrista* Vinoy como gobernador de Paris; el de Valentin, antiguo gendarme imperialista, como prefecto de policía, y el del general jesuita, D'Aurelles de Palladine, como general en jefe de la guardia nacional, acabaron por exasperar al pueblo de Paris.

Y ahora debemos dirigir una pregunta á Thiers y á los hombres de la defensa nacional.

Es de todos sabido que Thiers, por medio de su ministro de Hacienda, Pouyer Quartier, habia contratado un empréstito de dos mil millones de francos, que debian pagarse dentro de un breve plazo.

Ahora bien: ¿es ó no verdad:

1.º Que el empréstito se manejó de tal modo que habiéndose facilitado una suma considerable de millones para la paz, esta suma sirvió solo para el servicio privado de Thiers, Favre, Ernesto Picard, Pouyer Quartier y Julio Simon; y

2.º Que no se pagaría ningún dinero hasta despues de la pacificacion de Paris?

De cualquier modo que sea, es preciso que haya sucedido algo de apremiante para que Thiers y Julio Favre, en nombre de la mayoría de la Asamblea de Burdeos, solicitasen humillante y descaradamente la inmediata ocupacion de Paris por las tropas prusianas, medida que no habia entrado en los planes de Bismarck, segun lo manifesto pública y desdeñosamente en Francfort al regresar á Alemania.

(Se continuará.)

MADRID 1871.

IMPRENTA Á CARGO DE PEDRO NUÑEZ,

Corredora de San Pablo, núm. 43.